



Murió Miles, uno de los nuestros

Carlos Sampayo

Fotografía: Federico González

Miles era una foto en blanco y negro: en primer plano un micrófono, por detrás un trompetista con gafas de sol, el fondo oscuro, la imagen misma de la modernidad: 1956, la carátula original de *Birth of the Cool*. Lo que salía del disco, sorprendente, invitaba a una definitiva adhesión.

Después fue lo que en el tiempo había sido antes. Un disco de 78 rpm de Charlie Parker, una balada, ¿cómo se llamaba?... el trompetista tocaba sin vibrato, sin estridencias, en el registro medio; con lo mínimo hacía lo máximo. Era inevitable: nos compramos una trompeta, nadie nos supo enseñar o no quisimos aprender y la abandonamos en el techo del armario. (Las madres —¿Qué hago con ese aparato?. Nosotros —con mirada a lo James Dean —¡Déjame en paz!). El tiempo hacía bromas: en el momento en que descubríamos a Miles, para él ya habían pasado diez años y ya tenía su primer y espectacular quinteto: *Miles, Workin', Steamin', Cookin', Relaxin'*, no había dinero para tantas maravillas, por suerte éramos más de

uno aunque fuéramos uno. Todos éramos Miles Davis y él era nosotros. ¡Cómo tocábamos cuando tocábamos "Just Squeeze Me"! ¡Qué silencios hacíamos con sólo cerrar los ojos! ¡Qué sentido del tiempo! ¡Y el blues? Siempre tocábamos con sentido del blues porque aunque fuéramos blancos y estuviésemos lejos, éramos negros y soplabamos en una boquilla de trompeta, nunca abandonada en el techo del armario sino firme entre las manos largas y sinuosas que sabíamos tener, manos nacidas en 1926, antes que nosotros, cuando Louis Armstrong inventaba la primera modernidad del jazz armando "West End Blues" y nuestros padres bailaban tangos, polkas, vales y pasodobles al son de orquestas de pérgola donde, a veces, también había trompetistas. Todos éramos trompetistas. Eran trompetistas Bobby Hackett, Clark Terry, Dizzy Gillespie y Kenny Dorham; decía Miles que había que escucharlos. Los escuchábamos buscando ecos y reflejos, perdiendo un tiempo que Miles aceleraba porque el quinteto ya no, y entonces el sexteto, y el nuevo quinteto: lo mejor de la discoteca, no hay quien discuta *Nefertiti*, *Miles Smiles*, *Miles in the Sky*, *Sorcerer*, *ESP*, y si lo discute decimos que hubiéramos dicho, es que no entiende nada, es un *square*, un *son of bitch*, susurraría Miles, nuestro otro yo con la voz cavernosa y el aire trculento. ¿Qué quería, damos miedo? Si le conocíamos desde la foto del *Birth of the Cool*, casi lo habíamos parido; mucho más peligroso que él era Charlie Parker y solamente nos dejó buenos recuerdos.

Llegó el momento de pelear por su causa: Unos (viejaes) que con *Bitches Brew* se acabó todo, otros que continuaba lo de antes, otros (jovenzuelos) que todo comenzaba. Hubo *promiles* y *antimiles*. Traidor, dijeron algunos, lo hace porque le gusta el dinero, dijeron otros, aparentemente a salvo de esas apetencias; eso no es música, es basura; es música y es basura; eso es música celestial; esa es la verdadera modernidad; eso es una mierda; no me gusta pero voy igual (al contrario) ya va a cambiar, etc.

Pasaron veinte años, Miles se hizo viejo y llegó a decir que algunos jóvenes no sabían respetar a sus mayores. ¿Tú, Miles? Pero también volvió a hacerse joven, se acordó de sus viejos amigos y no tuvo miedo de tocar otra vez los arreglos de Gil Evans.

Una noche nos llamó uno de nosotros:

—Se murió Miles Davis... no pude dormir en toda la noche. No es que me gustara su música de ahora, es que se fue algo de mi historia personal.

Volvimos a cerrar los ojos. La trompeta ya no estaba en el techo del armario. Miles había sido más consecuente que nosotros y habrá un después, aún después de nuestra muerte, cuando suene el teléfono y una voz diga:

—Se murió aquél. ¿Quién se va a quedar con sus discos?

MILES LIVE DAVIS MILES

